

## LA RAMA REVERDECIDA

*Luisa González López*

**N**i siquiera sé bajo qué prodigio Pipa habló por vez primera. Sus palabras fueron tan confusas como contundentes, y yo, esforzada en descifrar el significado de aquellos signos sonoros que parecían, por el tono enfático de su voz, palabras de aliento, me propuse desvelar el enigma: te curarás pronto y saldrás de aquí, resolví. Entonces mi piel estaba cetrina como los cerezos en otoño, y mis labios rosicler; lo único oscuro que tenía mi cuerpo de niña eran unas espeluznantes ojeras de azabache que subrayaban mis ojos párvulos, envejecidos por la costumbre de una enfermedad sin nombre pero de síntomas repetitivos hasta el aburrimiento, y también por el hábito de ver siempre las mismas cuatro paredes pintadas con azulete, el mismo techo adornado por un astro estático y fluorescente que por las noches irradiaba luz artificial en intentos de parecer un sol de verdad, y la misma puerta que sólo se abría al paso de las mismas caras de todos los días.

Nadie creyó que Pipa hubiese hablado. Nadie, absolutamente nadie. Sólo Carmen, después de oírme hasta el hartazgo repetir las palabras esperanzadoras de Pipa, me dijo con la voz resignada de los adultos cansados, te creo, Anabel, te creo, Pipa es una muñeca particular. Porque ella sabía bien de veras que Pipa era una muñeca especial, una muñeca diferente del resto de las muñecas del mundo. Pipa era la muñeca que antes habitó en otro cuento.

Fue Carmen, una tarde en que la fiebre me incendiaba las entrañas como el fuego devora la hojarasca, quien me leyó el cuento de “La rama seca” de Ana María Matute. Demasiado triste para una niña, me dijo al acabar de leerlo, con idéntica aflicción en los ojos y en el tono de su voz. Yo no tuve sensación de tristeza alguna, tal vez porque no había entendido el cuento, o quizás porque después de oír nombrar a Pipa sólo pensé en tener una muñeca como la que tenía la protagonista del cuento. Debí de ponerme pesada y caprichosa pidiendo, con ruegos de todo tipo y súplicas de todos los tamaños, una rama seca. Se la pedí al doctor que me visitaba todas las mañanas desde que nací en ese mismo hospital, del que casi nunca había salido en los cinco años de vida –digo vida, porque eso, a pesar de todo, también lo era–, salvo algún domingo primaveral, de esos de no demasiado frío y no demasiado calor, de la mano de Carmen, mi enfermera preferida, porque no sólo se ocupaba de mis curas y controles rutinarios, sino porque, además, en sus ratos libres, aquellas horas en que disminuía el tránsito de termómetros y medicamentos, llegaba triunfal a mi habitación

para contarme cuentos y regalarme caricias. También pedí la rama seca a todas las enfermeras que cruzaban el umbral de mi habitación, al cura que me visitaba los domingos demasiados fríos o demasiado calurosos, a las gentes que entraban por error y que salían desparovidas por los pasillos, susurrando qué pena de niña, qué mal aspecto tiene. Pero cuando ya estaba a punto de resignarme a quedarme sin una muñeca Pipa, Carmen apareció una mañana llevando entre las manos, como quien sostiene todavía en ofrenda un ramo de flores recién cortadas, una rama seca vestidita con un retal de tul blanco atado con un lazo de seda azul. Me entregó, con una sonrisa que me apagó la fiebre, la muñeca más bella y alegre del mundo.

Aquella dádiva marcó para siempre el resto de mis días.

Desde entonces compartí con Pipa los jarabes más asquerosos, las sesiones de radiografías en las que ella siempre aparecía retratada junto a mi esqueleto, porque se había convertido en una parte de mí, una extensión ortopédica de mis manos, y nadie lograba convencerme de que yo no podía entrar en la sala de rayos x sin ella. También me acompañó en el quirófano, aunque para ello tuve que liar un pataleo que duró dos días consecutivos con sus dos respectivas noches. Al final claudicaron: esterilizaron a Pipa y me la entregaron desnuda, sin su vestido de tul blanco y sin su lazo de seda azul atado a la cintura, metidita en una bolsa de plástico verde para que no sufriera al ver como me cortaban la carne. Cuando desperté de la anestesia, comprobé que Pipa seguía dentro de la bolsa de plástico que me había humedecido y arrugado la mano como en aquellos momentos en que Carmen, saltándose las reglas que no permitían que mis baños se prolongaran más de diez minutos, me dejaba jugar en la bañera durante casi una hora. Encontré a Pipa a punto de asfixiarse.

Pipa se hizo famosa en el hospital por una voluntad de acero que la llevaba a conseguir casi todo lo que yo quería, y por haber logrado también que yo recuperase las ganas de jugar que había perdido sin apenas darme cuenta. Tan famosa que, cuando cualquiera entraba a mi habitación, la saludaban incluso antes que a mí, hola Pipa, buenos días, cómo se encuentra hoy Anabel. A veces yo me empeñaba en que le pusieran el termómetro, en que probara los medicamentos antes que yo, en que le lavasen la cara y la peinasen como hacían conmigo, hasta que esas veces se convirtieron en costumbre y todos adquirieron el hábito de hacer con Pipa lo mismo que hacían conmigo. Le hablaban en el mismo tono en que se dirigían a mí, y en ocasiones la utilizaban para convencerme de que comiera algo que no me gustaba o para que me durmiera cuando todavía no tenía sueño. Pero el día del prodigio de las palabras de Pipa, nadie me creyó. He dicho que Pipa me ha dicho que pronto me curaré y saldré de aquí. Y volvía a repetirlo: he dicho que Pipa me ha dicho que pronto me curaré y saldré de aquí. Sí, es cierto, Anabel, pronto te curarás y muy pronto saldrás de aquí, me contestaban todos con una mirada de lástima que no lograban encubrir ni con la mejor de sus sonrisas, porque en sus ojos se asomaba toda la compasión a la vez, como se asoman las familias a los balcones para ver pasar una comparsa por la calle. De sobra ellos creían que yo no me iba a curar, y, lo que es aún peor, que no tenía ningún lugar a donde ir, y que mi salida no sólo dependía de mi total curación, sino también de que alguien quisiera apiadarse de una niña a la que sólo le faltaban algunos meses para cumplir sus seis años.

A partir del día del milagro de la voz de Pipa, una voz que al parecer sólo yo tenía el privilegio de escuchar, mi piel comenzó a dejar de ser cetrina y cada vez se iba volviendo un

poco más sonrosada. También mis labios pasaron del rosicler al de las cerezas en primavera, y los ojos se me volvieron como espejos, en su brillo se reflejaban los rostros de quienes a ellos se asomaban. Se borraron, poco a poco, las ojeras que me ajaban la cara, y los síntomas repetitivos de mi enfermedad sin nombre se fueron esfumando como por arte de magia. Carmen no tardó en convencerse de que mi aparente recuperación tenía que ver con los dictados eufóricos de Pipa, por eso mismo ella sí creyó que Pipa me hablara y me dijese cosas como que pronto, muy pronto podría ir a la escuela, y jugar con niños, y vivir en un piso soleado de una calle cualquiera, e, incluso, tener una madre. Sí, digo madre porque la palabra padre carecía de significado en mi repertorio de palabras. Nadie, nunca, me había hablado de mi padre. Sólo sé que un día mi madre llegó a ese hospital a punto de parir, y que parió, y durante el parto murió. Y lo sé porque en algún momento debí de ponerme terca, tan terca y cabezota, preguntando por mi madre, que Carmen tuvo que explicarme la historia que nadie se atrevía a contarme. Lo hizo con la misma ternura con que era capaz de contar un cuento triste, sabiendo aprovechar y separar las cosas buenas de las malas, como se criban los cereales o las aceitunas, dejando a un lado el fruto y a otro lado lo inservible. Porque para Carmen en la vida todo tenía su lado, sólo había que proceder a la criba, a la separación del dolor y de la esperanza.

Como los síntomas repetitivos de mi enfermedad sin nombre empezaban a remitir, el doctor aprobó que saliese el domingo, a pesar de que la temperatura del ambiente en la calle debía ser demasiado baja, porque cuando Carmen entró a buscarme y me cogió de la mano, sentí unos escalofríos en todo el cuerpo parecidos a los que precedían a la fiebre. Pero no dije nada. Yo quería salir y ver por primera vez ese mundo sorprendente de luces en las calles y juguetes en los escaparates que Carmen me había descrito miles de veces cuando me hablaba de la Navidad. Me habían tapado la boca y la nariz con una bufanda que me daba tres vueltas a la cabeza, y también el pelo y las orejas con un gorro de lana a juego con la bufanda. Entre gorro y bufanda sumé tres borlas que se balanceaban con cada uno de mis movimientos. Sólo consiguieron ponerme un guante en una mano, porque con la otra mano debía sujetar fuertemente a Pipa, y con la lana no habría percibido su tacto, y hubiese sido bastante posible perderla. Así que Carmen me agarró fuerte por el puño que a su vez empuñaba a Pipa.

Y salimos las tres hacia la vida verdadera.

Ese invierno fue corto, divertido y diferente, pues mis paseos iban aumentando en frecuencia, del mismo modo que también aumentaba mi salud. Pero cuando llegó la primavera, a Pipa le ocurrió algo espantoso. No te preocupes, lo que me pasa es normal, me decía ella, y sólo en ese momento tuve la sensación de que Pipa me mentía.

Carmen me explicó que ese extraño pelaje que le había salido a Pipa en la cabeza no era otra cosa que un brote, un brote de vida, como a mí. Sus palabras me tranquilizaron, pero desde ese momento, cada vez que miraba a mi muñeca, la sentía extraña. Esas yemas como muñones justo en lo alto de su cabeza me daban mala espina. Pipa se fue transformando en una muñeca distinta, de las yemas se desplegó una melena vegetal y verdosa. Yo también estaba cambiando sin darme cuenta de que con mi metamorfosis me había convertido en una niña sana. El doctor me explicó, con toda la paciencia con que se pueden explicar la misma cosa infinitas veces, que ya estaba completamente curada y que pronto tendría

que marcharme del hospital, porque mi estancia allí ya no tenía razón de ser. Pero no supo darme una respuesta concreta cuando le pregunté que a dónde iría. Divagó entre palabras como casa de acogida, orfanato, adopción, palabras que aprendí de memoria porque en los días sucesivos Pipa y yo charlamos largo y tendido sobre eso. Carmen no quiso entrar en esas conversaciones, nos cambiaba de tema arguyendo siempre que hasta que no llegase el momento no debíamos preocuparnos. Se negó a explicarme qué cosa era un orfanato y una acogida. Y por su negativa rotunda a hablar del tema y porque se le cambiaba el semblante alegre y dulce por otro que no parecía ni suyo, supe que esas palabras no podían significar nada bueno. Pregunté al doctor por qué no podía quedarme allí, si, al fin y al cabo, ésta era mi casa, en ella había nacido. Parecía que todos se habían empeñado en hablar en clave para que yo no entendiera nada.

Sólo Pipa me ayudó a soportar tanta incertidumbre. Me dijo que ambas éramos dos ramas reverdecidas y que tanta casualidad había de tener algún significado importante. En aquella ocasión Pipa tampoco se equivocó.

Algunos meses más tarde, en una mano llevaba a Pipa a punto de estrangularla, y en la otra una maleta vacía que no contenía más equipaje que el de seis años de recuerdos. Así fue como abandoné las paredes pintadas con azulete y crucé definitivamente el umbral de la puerta de mi habitación de hospital. Pipa y yo desfilamos por el medio de dos hileras de batas blancas sin rostros, en el silencio más solemne que jamás hubiese escuchado en mi vida, un silencio que en algún momento se quebró con gemidos anónimos. Al abrir la puerta comprobé que era un día de éstos de no demasiado frío y no demasiado calor. Entonces Pipa exclamó:

—¡Lo sabía, lo sabía!

Yo levanté la cabeza, cabizbaja por el yugo del miedo desde que salí de mi habitación, y los ojos se me cegaron durante algunos instantes con la luz del sol. Junto a la acera vi a Carmen. Me esperaba al lado de su viejo automóvil, que a mí me pareció una calesa de dos caballos de color canela. No era domingo, pero ella se había engalanado como Pipa, con un traje de tul blanco y un lazo de seda azul anudado a la cintura. Y partimos las tres hacia la vida verdadera.

Todavía me paro en primavera frente a las ramas que reverdecen y hablo con ellas.